



Vicenta Gullón García, 73 años.
Azucena Garanto Satué, 22 años.

Salado casi dulce

Lleva por bandera la resignación. Ni vencedora ni vencida, inocente hecha culpable de una guerra que comenzó a sufrir cuando terminó. En sus oídos lleva marcados cada uno de los bombardeos al estratégico Ministerio del Ejército. En su memoria, el camino desde su casa en la Calle Prim hasta Recoletos, donde los obuses se entremezclaban entre risas y juegos, componiendo una amarga canción.

Quien le iba a decir, que algún día ese estribillo que yacía en su inconsciente desaparecería cumpliendo los deseos de una nación y destruyendo todo el mundo de sueños que esa niña de 8 años con mirada penetrante, que todavía hoy conserva, había ido creando.

Burgos, 1 de Abril de 1942. A Vicenta no se le ha olvidado ni se le olvidará el último parte de la Guerra Civil Española, que en su corazón tiene sabor agridulce.

Soñaba algún día con ser abogada como su papá, con defender los derechos que a ella nunca le otorgaron, los mismos que a su padre por defender, le costaron la vida. Vicenta intenta explicarse a ella misma y a los demás algo que 50 años más tarde no comprende: "mi padre era militante del PSOE...cuando acabó la guerra le ofrecieron irse a Francia, pero no quiso. Estaba tranquilo porque decía que él no había hecho nada y no iba a dejar a su mujer sola con ocho hijos". Nadie había hecho nada, sólo defender lo que a cada uno le dictaba el corazón en tiempos de controversia. Pero en menos de un mes España dejó de tatarrear el estribillo compuesto por los bombardeos, y a esa niña le cambiaron sus días de juego por otros, en los que habitualmente le privaban de todo derecho. La madre de Vicenta le agarró fuerte la mano junto a sus hermanas, y apresuradamente salieron de la casa. Desde la escasa altura, los ojos de Vicenta verían por última vez aquella casa en la Calle Prim donde había soñado con ser abogada; sueños de futuro que en la imaginación de un niño están siempre al alcance de la mano.

Primero fue su padre, luego la casa, el colegio, su madre y sus hermanas. Casi en un parpadeo, la inocente mirada de esa niña había contemplado los sucesos con los cuales comenzó una vida de resignación que a regañadientes compartió con dos de sus hermanas en el Orfanato de Nuestra Señora de las Mercedes, un colegio de monjas de la caridad al cual recayó gracias a la ayuda del sacerdote Pérez del Pulgar, quien quiso resolver la desesperación de una madre a la que habían despojado de todo menos de sus ocho hijos, a los cuales ya no podía atender.

Vicenta pasó de niña a madre. Entró al orfanato llevando de la mano a dos hermanas más pequeñas, Conchita y Elvira. A la entrada: dos vestidos, un baby blanco abotonado y el uniforme azul marino, una medalla con la virgen que daba nombre a su nueva casa, calcetines blancos y zapatitos negros.

Para todos fueron años de transición. Para Vicenta, también de crecimiento forzado, de preguntas sin respuesta que todavía ahora no acierta responder. Pero Vicentita, como a veces la llamaban, nunca perdió un sueño de vista: estudiar. Para ello, era disciplinada y se convirtió en una de las más destacadas de su clase. A las 8 de la



mañana a misa, luego desayuno, clase, y a mitad de mañana corría a leer a las monjas el santo del día para ganarse un sabroso pan y una naranja.

Llevaba tres años viviendo una nueva vida sumida en carencias. Lidiaba con lo que más le dolía en el corazón: estar lejos de su madre y el resto de sus hermanas, pero su cuerpo no resistió una continua y pésima alimentación de la que sólo recuerda con asco unas bolas de pan amarillo. Tuvo que enfermar gravemente para que se le reconociera el derecho a comer bien o por lo menos de la comida que ella sabía disfrutaban las monjas. Con 12 años, enclenque y con un infiltrado, en un pulmón comenzó a saborear el jamón con huevo batido y Kina, consentimiento que su cuerpo agradeció como oro en paño. Llegar al extremo le valió otras concesiones como veranear en Cercedilla junto con las "enchufadas" de las monjas. Su vida giraba a base de golpes, pero el último todavía estaba por llegar.

1942 fue un año especial para Vicenta, había aprendido hasta entonces muchas lecciones de la vida. En las clases, su predisposición al aprendizaje lo certifica diploma, envejecido por los 54 años que han pasado, que yace en el salón de su casa de toda la vida desde que salió del colegio a los 18 años. El examen de junio de ese año constaba de una pregunta que Vicenta no se había estudiado. Esa niña de carácter avisado supo responder y reproducir al pie de la letra una respuesta que llevaba grabada en el corazón: "En el día de hoy, cautivo y desarmado el ejército rojo, han ocupado las tropas nacionales sus últimos objetivos militares. La guerra ha terminado".

Los años pasaban y llegaba el ansiado momento de estudiar para abogada. Sus compañeras comenzaron a despedirse para asistir al instituto Ramiro de Moezth, pero Vicenta nunca se reencontraría con ellas.

Allí, donde Dios miraba a todos los huérfanos por igual, donde las monjas lo alababan y se decían transmisoras de su palabra, prohibieron que Vicenta estudiara. En ese sitio donde la justicia todopoderosa prevalece. fue coartado no sólo un derecho ganado a pulso sino un sueño de vida por ser hija de "rojo", hija de "vencido", hija de perseguido por la justicia más injusta, hija de "caído" por defender sus derechos fundamentales, y paradójicamente, "hija del mismo Dios" al que le hacían venerar todos los días a las 8 de la mañana junto al resto de sus compañeras, sin distinción alguna.

Se quedó en el colegio. Justo cuando la incipiente madurez le otorgaba respuestas a las miles de preguntas dejó de comprender todo. Resignada, humillada en este último atentado contra los derechos, le espinaron el corazón. Cerró la boca, apretó los dientes y aprendió gustosamente mecanografía y taquigrafía. Contra todo pronóstico, luchó y acabó trabajando, aunque no recuerda cómo, junto al abogado Cesáreo Pérez y Pérez Abascal. No guarda rencor alguno y ensalza la educación que le dieron las monjas.

Vicenta Gullón García tiene 75 años. Tras sus gafas esconde una mirada desafiante que estremece el corazón. En su memoria le duele que le robasen a su padre, su madre, sus hermanas, sus días de juego en Recoletos. En su inconsciente le duele el hambre alimentado con esas "bolas amarillas" que le dejaron de herencia una artropatía, secuela física que ha desfigurado esos dedos que han tecleado incansablemente miles de contratos compuestos de derechos. Pero en su presente más consciente no puede olvidar la discriminación que sufrió frente a sus compañeras. Su rostro cambia, y la resignación se vuelve mezcla entre rabia e incomprensión. No



puede dejar de repetir, y todavía hoy no entiende, qué tiene que ver que su padre fuese del PSOE, como ella dice, para no haber podido estudiar.

Vicenta no olvidará nunca el último parte de guerra, ni vencedora ni vencida, luchadora, y así lo demuestran los estudios de vida que la acreditan como abogada de derechos, principios y valores que ha inculcado a sus cuatro hijos, tarea que ha dulcificado la rabia de lo vivido.

Lo importante de la vida

Camina lento pero firme, como si ya no le importara donde se esfuma el tiempo pero sí donde pone sus pasos. En su cabeza cada segundo suena la ausencia de su marido, relojero al que conoció con 19 años, con quien compartió las mejores horas de su vida. Mira hacia el pasado porque tiene presente todos los días la discriminación que sufrió en el orfanato donde se esforzaba para cumplir su sueño: ser abogada. Ahora sueña con seguir compartiendo las horas con quien le hizo feliz. Ha sabido enfrentar todos los obstáculos que la vida le ha puesto y salir airoso de todas las batallas.

Con las lecciones que aprendió desde los ocho años ha educado a sus cuatro hijos. No guarda rencor a aquellos que le prohibieron estudiar, sólo que todavía no lo entiende, y les agradece la educación católica recibida. Su actitud lo demuestra. Ha llevado a sus hijos al colegio salesianos de monjas Mater Purísima. Fuera de las aulas, se ha preocupado porque los principios y valores que guiasen sus vidas estuviesen apoyados en el derecho al respecto, la igualdad y libertad. Quiso que sus hijos estudiaran y para ello les repitió una y otra vez que "el día de mañana llega enseguida y hay que defenderse en la vida". Satisfecha de saber que la educación que les ha dado es su mejor herencia, respira viendo los días pasar entre las clases de gimnasia, a las que acude desde hace 25 años para plantarle cara a la artropatía, y a las de teatro, donde se pone en la piel de todos los personajes cuyas acciones sabe determinan la historia. Si en su mano hubiese estado escribir la escena de julio de 1939, hubiese quitado del guión la muerte de su padre, hecho que precipitó el abandono de su infancia lejos de su madre, a quien desde ese año comenzó a ver apenas una vez por mes. Ha disfrutado de sus nietas. Ahora, entradas en la juventud, se sorprende de lo que saben y recuerda con incredulidad lo inocentes que a su edad eran las niñas de su época.

Sonríe, no se arrepiente de nada. Está orgullosa de los principios que le transmitieron las monjas y de sus capacidades, de aquellas con las que le dieron el diploma por saber la lección en 1942 y con las que consiguió premios, bailando tangos y pasodobles, con su marido en la Casa del Reloj donde habitualmente se divertían. Si él estuviera le gustaría hacer un viaje a Roma, pero como no puede retrasar las saetas del tiempo, pide: "Dios, no me dejes paralítica ni tonta, para no darle problemas a mis hijos".

En la soledad de su casa, mientras un antiguo reloj marca los cuartos, surge su miedo a caerse y que se le deshagan los huesos. Con el silencio de por medio, con la tranquilidad de saber que ya ha hecho y dicho todo lo que tiene que decir, se repite una y otra vez "Vicenta no te caigas".